

Modernidad e Identidad en América Latina(1)

Jorge Larraín

El tema de la modernidad en América latina está lleno de paradojas históricas. Fuimos descubiertos y colonizados en los albores de la modernidad europea y nos convertimos en el "otro" de su propia identidad, pero fuimos mantenidos deliberadamente aparte de sus principales procesos por el poder colonial.

Abrizamos con entusiasmo la modernidad ilustrada al independizarnos de España, pero más en su horizonte formal, cultural y discursivo, que en la práctica institucional política y económica, donde por mucho tiempo se mantuvieron estructuras tradicionales y/o excluyentes. Cuando por fin la modernidad política y económica empezó a implementarse en la práctica durante el siglo XX, surgieron sin embargo las dudas culturales acerca de si realmente podíamos modernizarnos adecuadamente, o de si era acertado que nos modernizáramos siguiendo los patrones europeos y norteamericanos. Se ampliaron los procesos modernizadores en la práctica pero surgió la pregunta inquietante acerca de si podíamos llevarlos a cabo en forma auténtica. De este modo podría decirse que nacimos en la época moderna sin que nos dejaran ser modernos; cuando pudimos serlo lo fuimos sólo en el discurso programático y cuando empezamos a serlo en la realidad nos surgió la duda de si esto atentaba contra nuestra identidad.

Desde principios del siglo XIX la modernidad se ha presentado en América latina como una opción alternativa a la identidad tanto por aquellos que sospechan de la modernidad ilustrada como por aquellos que la quieren a toda costa. El positivismo decimonónico, por ejemplo, quería el "orden y progreso" que la Ilustración podía darnos, y por eso se oponía fuertemente a la identidad cultural indo-ibérica prevaleciente. Su afán modernizador llegaba hasta el extremo de desconfiar de los propios elementos raciales constitutivos indígenas y negros porque supuestamente no tenían aptitudes para la civilización(2). Sarmiento, por ejemplo, explícitamente argumentaba que la verdadera lucha en América latina era una lucha entre civilización y barbarie. La primera estaba representada por Europa y los Estados Unidos; la segunda, resultaba de la inferioridad racial. Prado mantenía que el principal obstáculo para el progreso en América latina provenía del factor social primario: la raza. Gil Fortoul, a su vez, argüía de manera similar que algunas razas, como la europea, tenían mejores aptitudes que otras para la civilización. No debe sorprender entonces que algunas de las políticas que propugnaban para modernizar a América latina consistían en mejorar su raza mediante la inmigración de europeos blancos.

Las teorías optimistas de la modernización de los años 50 definen a América latina en transición a una modernidad cuyo modelo o paradigma es sacado de las sociedades europeas y norteamericana. El proceso de modernización se concibe como una necesidad histórica que repite el camino recorrido por las sociedades avanzadas y, aunque existen obstáculos proveniente de una cultura tradicional, a la larga es prácticamente inevitable. En muchas de las posiciones

neoliberales contemporáneas en Latinoamérica está implícita la idea de que la aplicación de políticas económicas apropiadas es la condición suficiente de un desarrollo acelerado que inevitablemente nos llevará a una modernidad similar a la norteamericana o europea. De un modo similar, Claudio Véliz exalta hoy día la modernidad de tipo anglosajón que está llegando a América latina en la medida que nuestra supuesta identidad barroca, bombardeada por artefactos de consumo, ha empezado a desaparecer en los noventa(3).

Pero también aquellos que se oponen a la modernidad ilustrada en el siglo XX lo hacen en función de nuestra supuesta identidad de sustrato religioso, indígena o hispánico(4). Para los indigenistas la modernidad ha atentado contra nuestra verdadera identidad que se sitúa en las tradiciones indígenas olvidadas y oprimidas por siglos de explotación desde la conquista. Para los hispanistas nuestra identidad está en los valores cristiano-españoles que han sido olvidados por los procesos modernizadores desde la independencia. Tanto el uno como el otro proponen volver al pasado para encontrar en la matriz cultural indígena o española la esencia perdida de nuestro ser. En época más reciente Morandé, critica los intentos modernizadores en América latina porque niegan nuestra verdadera identidad. La modernización, tal como ha ocurrido en América latina, sería antitética con nuestro ser más profundo en la medida que ha buscado su último sostén en el modelo ilustrado racional europeos(5). La elite intelectual y dirigente de América latina ha sido incapaz de reconocer sus raíces culturales más profundas de sustrato católico y por eso ha conducido a sus países a experimentos modernizantes que, al oponerse a nuestra verdadera identidad, sólo podían fracasar.

Entre estos dos extremos están aquellos como Octavio Paz y Carlos Fuentes que, sin oponerse ni adherirse explícitamente a la modernidad ilustrada, tratan de mostrar cuán difícil ha sido el proceso de modernización latinoamericano debido al legado hispánico barroco, hasta el punto que, para Fuentes "somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad"(6) y para Paz, desde principios del siglo XX estaríamos "instalados en plena pseudo-modernidad"(7). De algún modo, nuestra identidad habría dilatado la búsqueda de modernidad o habría permitido que alcanzáramos sólo un remedo de modernidad.

Es curioso comprobar como, a pesar de las diferencias entre todos estos autores y de sus posturas favorables, neutrales u opuestas a la modernidad, en todos ellos la modernidad se concibe como un fenómeno eminentemente europeo que sólo puede entenderse a partir de la experiencia y autoconciencia europeas. Por lo tanto se supone que es totalmente ajena a América latina y sólo puede existir en esta región en conflicto con nuestra verdadera identidad. Algunos se oponen a ella por esta razón y otros la quieren imponer a pesar de esta razón, pero ambos reconocen la existencia de un conflicto que hay que resolver en favor de una u otra. Tanto la modernidad como la identidad se absolutizan como fenómenos de raíces contrapuestas.

A diferencia de estas teorías absolutistas que presentan la modernidad y la identidad en América latina como fenómenos de alguna manera mutuamente excluyentes, yo veo su continuidad e imbricación. El mismo proceso histórico de construcción de identidad, es, desde un determinado momento, un proceso de construcción de la modernidad. Desde el punto de vista de su evolución

histórica la modernidad es un proceso complejo que sigue diversas rutas(8). Es cierto que la modernidad nace en Europa, pero Europa no monopoliza toda su trayectoria. Otras rutas son la japonesa, la norteamericana, la africana y la latinoamericana(9). Precisamente por ser un fenómeno globalizante, la modernidad es activa y no pasivamente incorporada, adaptada y recontextualizada en América latina en la totalidad de sus dimensiones institucionales. Que en estos mismos procesos e instituciones hay diferencias importantes con Europa, no cabe duda. América latina tiene una manera específica de estar en la modernidad. Por eso nuestra modernidad no es exactamente la misma modernidad europea; es una mezcla, es híbrida, es fruto de un proceso de mediación que tiene su propia trayectoria; no es ni puramente endógena ni puramente impuesta; algunos la han llamado subordinada o periférica(10).

Su primera fase durante el siglo XIX podría denominarse, con un cierto grado de contradicción, oligárquica, por su carácter restringido. Dos rasgos de esta etapa vale la pena destacar. Primero, en esta fase se adoptan ideas liberales, se expande una educación laica, se construye un estado republicano y se introducen formas democráticas de gobierno, pero todo esto con extraordinarias restricciones de hecho a la participación amplia del pueblo. Segundo, a diferencia de la trayectoria europea, la industrialización se pospone y se sustituye por un sistema exportador de materias primas que mantiene el atraso de los sectores productivos.

De este modo, la modernidad latinoamericana durante el siglo XIX fue más política y cultural que económica y, en general, bastante restringida. Con todo, y a pesar de sus limitaciones, las modernizaciones logradas van de la mano con la reconstitución de una identidad cultural en que los valores de la libertad, de la democracia, de la igualdad racial, de la ciencia y de una educación laica y abierta experimentan un avance considerable con respecto a los valores prevalecientes en la colonia. No se trata de que los nuevos valores y prácticas ilustradas hayan desplazado totalmente al polo cultural indo-ibérico, pero sí lo modificaron y readecuaron en forma importante.

La segunda fase durante la primera mitad del siglo XX coincide históricamente con la primera crisis de la modernidad europea y de alguna manera la refleja, sólo que en América latina las consecuencias son específicas: el poder oligárquico empieza a derrumbarse, la llamada "cuestión social" se hace urgente, vienen regímenes de carácter populista que incorporan a las clases medias al gobierno y se inician procesos de industrialización sustitutiva. Esta etapa de crisis y cambio en América latina va acompañada en sus comienzos del surgimiento de una conciencia anti-imperialista(11), de una valorización del mestizaje(12), de una conciencia indigenista acerca de la discriminación de los indios(13) y de una creciente conciencia social sobre los problemas de la clase obrera.

Más tarde y en el contexto de la gran depresión, esta época difícil parece promover discursos y ensayos de carácter bastante pesimista que acentúan los rasgos negativos de nuestra identidades(14) o sueñan con rescatar los rasgos hispánicos de nuestro carácter(15). De este período son, por ejemplo, las tesis de Martínez Estrada acerca del resentimiento de los latinoamericanos(16); las proposiciones de Alcides Arguedas sobre la duplicidad del carácter

boliviano(17) y las ideas de Octavio Paz acerca de la personalidad doble y resentida de los mexicanos(18). Se ve así como una etapa de cambios económicos y políticos importantes va acompañada también de nuevas formas de conciencia social y de una búsqueda identitaria que ensaya varios caminos pero que en todo caso ha abandonado las certezas decimonónicas y que, en algunos casos significativos, intenta afirmar una identidad latinoamericana contra la modernidad. Sin embargo, la línea gruesa pro-moderna de apertura política, derechos sociales e industrialización es en la práctica el eje en torno al cual giran los grandes debates y los procesos identitarios básicos.

La tercera fase desde fines de la Segunda Guerra Mundial, consolida democracias de participación más amplia e importantes procesos de modernización de la base socioeconómica latinoamericana. Entre ellos destaca la industrialización, la ampliación del consumo y del empleo, la urbanización creciente y la expansión de la educación.

Aún con sus deficiencias y problemas, el avance de la modernidad en la postguerra es notable y muestra la continua importancia cultural de las ideas racionalistas y desarrollistas europeas y norteamericanas. Es en esta época que se consolida en América latina una conciencia general sobre la necesidad del desarrollo. Sea en el pensamiento de la sociología de la modernización de origen norteamericano, sea en el pensamiento contestatario autóctono que desarrollaron la teoría de la dependencia y algunos intentos socialistas, o sea en el más reciente neoliberalismo, la premisa básica continúa siendo el desarrollo y la modernización como único medio para superar la pobreza. Sin embargo en todas estas posiciones subsiste la tendencia a pensar la modernidad como algo esencialmente europeo o norteamericano que América latina debe adquirir. La importancia cultural de este hecho y su impacto sobre los procesos de construcción de identidad no deben ser subestimados.

A fines de los sesenta se entra en una nueva etapa de crisis que coincide con la segunda crisis de la modernidad europea: se estanca el proceso de industrialización y desarrollo, viene agitación social y laboral, y se cae en dictaduras militares, los que demuestran la precariedad de las instituciones políticas modernas latinoamericanas en comparación con las europeas. Esta segunda crisis de la modernidad en parte explica y coincide con una crisis de identidad bastante profunda que está, una vez más, marcada por el pesimismo y las dudas acerca de si el camino de la modernidad que se ha seguido ha sido errado. Surgen así en los ochenta neo-indigenismos, concepciones religiosas de la identidad latinoamericana e incluso formas de postmodernismo, todos los cuales son profundamente críticos de la modernidad. Sin embargo, por más serios que son estos ataques a la modernidad, el proyecto de avanzar rápidamente en la senda de la modernidad continua imponiéndose y ahora con un sesgo más radical influido por el neoliberalismo.

De esta trayectoria específica surgen algunos rasgos importantes y peculiares de nuestra modernidad actual que marcan diferencias con la modernidad europea. El primer rasgo al que quiero referirme es el clientelismo o personalismo político y cultural. La incorporación y reclutamiento de nuevos miembros del Estado, las universidades y los medios de comunicación se continúa haciendo a través de redes clientelísticas o personalistas de amigos y partidarios. No

existen o están muy poco desarrollados los procesos del concurso público, lo que muestra tanto la ausencia de canales modernos de movilidad social como la estrechez y alta competitividad de los medios culturales y políticos(19).

Un segundo rasgo podría denominarse tradicionalismo ideológico, que consiste en que los grupos dirigentes aceptan y promueven los cambios necesarios para el desarrollo en la esfera económica, pero rechazan los cambios implicados o requeridos por tal transformación en otras esferas(20). Por ejemplo, ciertos grupos dirigentes abogan por la total libertad en la esfera económica pero apelan a valores morales tradicionales de respeto a la autoridad y al orden, de defensa de la familia y la tradición, alimentando dudas sobre la democracia y oponiéndose, por ejemplo, a leyes de divorcio o a la despenalización del adulterio para la mujer(21).

Un tercer rasgo importante que ha subsistido desde la Colonia, a veces en forma más o menos atenuada, a veces en forma más o menos exacerbada, es el autoritarismo. Esta es una tendencia o modo de actuar que persiste en la acción política, en la administración de las organizaciones públicas y privadas, en la vida familiar y, en general, en nuestra cultura, que le concede una extraordinaria importancia al rol de la autoridad y al respeto por la autoridad. Su origen está claramente relacionado con los tres siglos de vida colonial en que se constituyó un fuerte polo cultural indo-ibérico que acentuaba el monopolio religioso y el autoritarismo político(22).

Otro rasgo importante es el racismo encubierto. La existencia de racismo en América latina está bien documentada aunque es un área relativamente descuidada de las ciencias sociales y generalmente no se percibe como un problema social importante(23). Es claro, sin embargo que desde muy temprano ha habido en América latina una valorización exagerada de la "blancura" y una visión negativa de los indios y negros. Es sabido que varios gobiernos intentaron "mejorar la raza" mediante políticas de "blanqueo" que favorecían la inmigración de europeos. Existe también una segregación espacial mediante la cual las regiones indígenas son las más pobres y abandonadas y los barrios pobres de las ciudades contienen una mayor proporción de gente de piel más oscura, sean indios, mestizos, mulatos o negros. Un rasgo significativo que nos diferencia de otras modernidades es la falta de autonomía y desarrollo de la sociedad civil. En América latina la sociedad civil (esfera privada de los individuos, clases, y organizaciones regidas por la ley civil) es débil, insuficientemente desarrollada y muy dependiente de los dictados del Estado y la política. Esta es una de las consecuencias de la inexistencia de clases burguesas fuertes y autónomas que hayan desarrollado la economía y la cultura con independencia del apoyo estatal y de la política.

La marginalidad y la economía informal constituyen otro rasgo típico de nuestra modernidad. A pesar de los procesos de crecimiento económico bastante dinámicos en los noventa, subsiste una marginalidad económica y social en grandes sectores de la población latinoamericana. Un rasgo actual de la modernidad latinoamericana de mucha importancia es la vuelta a una estrategia de desarrollo extravertido, o basado en las exportaciones (export-led), después de años de seguir una estrategia proteccionista para lograr un desarrollo industrial. Pero esta estrategia, no tiene los mismos resultados en toda América latina. Aparte de Brasil y México que logran tasas significativas de exportaciones industriales, el resto de América latina pareciera seguir un modelo extravertido

de desarrollo que difiere de las estrategias asiáticas y europeas, por su especialización en la exportación de productos naturales semi-elaborados. Otro rasgo importante es la fragilidad de la institucionalidad política de los países latinoamericanos. La ola de dictaduras militares que empieza en los sesenta y cubre los setenta y parte de los ochenta no respetó ni aun aquellos países que, como Chile, tenían fama de estabilidad institucional. Es cierto que hoy se vive un período de vuelta a la democracia pero los síntomas de la debilidad institucional permanecen muy evidentes en toda América latina y con especial fuerza en Argentina, Venezuela, Colombia, Perú y casi toda América Central.

Es importante mencionar como rasgo relativamente reciente de la modernidad, especialmente la chilena, la despolitización relativa de la sociedad. Las dictaduras militares buscaron una despolitización de la sociedad, eliminando elecciones, aboliendo partidos políticos y cerrando parlamentos. Su política de exclusiones y violaciones de los derechos humanos, sin embargo obtuvo a la larga el resultado opuesto; la sociedad se politizó más intensamente y en un sentido contrario a los gobiernos militares. Esto llevó a la búsqueda de grandes acuerdos y coaliciones que permitieran un retorno a la democracia. Una de las condiciones de este proceso de búsqueda de consenso democrático fue autonomizar el área económica y sacarla de los vaivenes de la discusión política diaria. De ahora en adelante el sistema económico se autorregula de acuerdo a las leyes del mercado y se introduce una política económica de consenso sobre el manejo de las grandes variables macro-económicas. Una vez autonomizado el subsistema económico, la política pierde la capacidad de observar e intervenir sobre la economía. De este modo, lo que había sido un área inmensa de desacuerdo y disputa política, queda fuera de la discusión. De aquí se puede concluir que la redemocratización en Chile, mediatizada por el proceso de autonomización de la economía, ha resultado en una considerable y significativa despolitización de la sociedad(24).

Por último, otro rasgo muy reciente es la revalorización de la democracia política y de los derechos humanos. Sin perjuicio de lo dicho en el punto anterior sobre la despolitización relativa de la sociedad, es obvio que una de las tendencias más poderosas que ha contribuido a ella es la revalorización de la democracia y los derechos humanos por los sectores intelectuales y las mayorías populares de América latina.

En conclusión, la modernidad latinoamericana no es inexistente, ni igual a la modernidad europea, ni inauténtica. Tiene su curso histórico propio y sus características específicas, sin perjuicio de compartir muchos rasgos generales. La trayectoria latinoamericana hacia la modernidad es simultáneamente parte importante del proceso de construcción de identidad: no se opone a una identidad ya hecha, esencial, inamovible y constituida para siempre en el pasado, ni implica la adquisición de una identidad ajena (anglosajona, por ejemplo). Tanto la modernidad como la identidad en América latina son procesos que se van construyendo históricamente y que no implican necesariamente una disyuntiva radical, aunque puedan existir tensiones entre ellos.

Quiero, finalmente tratar de responder a la pregunta acerca de por qué, si los procesos de modernización han ido entrelazados con los procesos de construcción de identidad en América latina, ha existido sin embargo una tendencia tan manifiesta a considerar la modernidad como

algo externo y en oposición a la identidad. Esta pregunta es muy difícil de contestar con total seguridad y sólo podemos esbozar algunas hipótesis preliminares. El primer hecho que puede tener importancia en esta explicación es la postergación por tres siglos del comienzo de la modernidad debido al bloqueo colonial español y portugués que estableció barreras culturales que rodearon a sus dominios. Esto significó que cuando los precursores de la independencia empezaron a empaparse de las ideas modernas a través de viajes y contrabando de libros, la modernidad no podía sino presentarse como algo externo que otros habían desarrollado fuera de América latina. Esto dejó una impronta en el imaginario social que tiende a asociar modernidad con Europa o Estados Unidos, y que ha durado por mucho tiempo.

La persistencia de esta idea fue reforzada durante todo el siglo XIX y hasta los años treinta por una economía extravertida y una orientación cultural que continúa mirando hacia Europa como la fuente misma de toda cultura. Cuando empieza la crisis del régimen oligárquico y surgen pensamientos que cuestionan nuestra extraversión, la modernidad aparece una vez más como una imposición externa, esta vez con sentido negativo y contrario a nuestra identidad. Los intentos por encontrar o reafirmar una identidad propia en momentos de crisis llevaron a criticar lo ajeno, y precisamente la modernidad hasta ese momento había sido considerada un fenómeno de carácter extranjero. De allí que por acción y reacción hasta la Segunda Guerra Mundial, desde ángulos opuestos, la modernidad fue concebida como algo externo.

En los últimos cincuenta años la situación ha cambiado pero no totalmente. Varias teorías anti-imperialistas y de la dependencia han continuado poniendo en duda la viabilidad del capitalismo en Latinoamérica mientras el polo neoliberal la luchado por una total y renovada extraversión que en último término logró imponerse. La polaridad entre modernidad e identidad ha por lo tanto continuado en el imaginario social mientras en la práctica nuestra identidad y modernidad continúan construyéndose estrechamente ligadas.

Fuente:

1. Una versión de esta ponencia, más desarrollada en algunos aspectos y menos desarrollada en otros, ha sido publicada en la revista Estudios Públicos, N° 66, Otoño 1997, bajo el título "La trayectoria latinoamericana a la modernidad".
2. Autores tales como J. PRADO, J. GIL FORTOUL, C.O. BUNGE, J. INGENIEROS, J.B. ALBERDI, D.F. SARMIENTO, propiciaban abiertamente la inmigración europea blanca para mejorar nuestra raza. Véase sobre esto Terán, O., Ed., América latina: Positivismo y Nación, Mexico, Editorial Katún, 1983.
3. Véase VÉLIZ, C., The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America, Berkeley, University of California Press, 1994.
4. Se incluyen aquí diversas formas de indigenismo, hispanismo y tradicionalismo religioso en las que destacan autores tales como Jaime EYZAGUIRRE, Osvaldo LIRA y Pedro MORANDÉ. E.

BRADFORD BURNS es aquí un caso especial porque aunque acepta que la modernidad triunfó en América latina, lo hizo a costa de la identidad y bienestar del pueblo. Véase su libro *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1980.

5. Véase MORANDÉ, P., *Cultura y Modernización en América Latina*, Cuadernos del Instituto de Sociología, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1984.

6. FUENTES, Carlos, *Valiente Mundo Nuevo: Épica, Utopía y Mito en la Novela Hispanoamericana*, Madrid, Narrativa Mondadori, 1990, pp. 12-13.

7. Véase PAZ, O., *El Ogro Filantrópico*, México, Joaquín Hortiz, 1979, p. 64.

8. La idea de diversas trayectorias hacia la modernidad ha sido desarrollada por G. THERBORN, *European Modernity and Beyond*, London, Sage, 1995, y por P. WAGNER, *A Sociology of Modernity, Liberty and Discipline*, London, Routledge, 1994.

9. Esta clasificación de trayectorias difiere de la propuesta por G. THERBORN y de la usada por C. MARIN en su tesis doctoral. Therborn propone 4 rutas: la europea, la de los mundos nuevos (incluyendo Norteamérica y Sudamérica), la de la zona colonial (África y el Pacífico del sur) y la de los países de modernización inducida externamente (Japón) (Ibíd., pp. 5-6). Marín distingue al menos 5 trayectorias: Europa Occidental, América del Norte y Australia, Europa del Este y la Unión Soviética, América latina y finalmente Japón y el sudeste asiático. Difiero de Therborn porque a mi manera de ver Norteamérica y Sudamérica no pueden ubicarse en la misma trayectoria. Con respecto a Marín creo que Europa del Este es sólo un subgrupo iniciado en 1945 de una trayectoria europea común de 4 siglos y medio; además es necesario considerar a África.

10. BRUNNER, J.J., *Cartografías de la Modernidad*, Santiago, Dolmen, 1994, p. 144. Cristián Parker se ha referido también a una "modernización periférica" en América latina. Véase su libro *Otra Lógica en América Latina: Religión Popular y Modernización Capitalista*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1993, capítulo 3.

11. Especialmente con respecto a las actividades de Estados Unidos. Véase RODÓ, J.E., *Ariel*, Salamanca, Anaya, 1976.

12. Véase VASCONCELOS, J., *La Raza Cósmica*, Barcelona, S.A., 1927.

13. Autores importantes de esta tendencia, aunque algunas veces con puntos de vista diferentes son L.E. VALCÁRCEL, M. GONZÁLEZ PRADA, J.C. MARIÁTEGUI, H. CASTRO POZO, V.R. HAYA DE LA TORRE, V. LOMBARDO TOLEDANO y G. AGUIRRE BELTRÁN.

14. De este período son, por ejemplo, las tesis acerca del resentimiento de los latinoamericanos; acerca de la duplicidad del carácter boliviano y acerca de la personalidad doble y resentida de los mexicanos. Véase respectivamente MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946; ARGUEDAS, Alcides "Pueblo Enfermo" en SILES GUEVARA, J.,

Las cien obras capitales de la literatura boliviana, La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 1975; y PAZ, Octavio El laberinto de la Soledad, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

15. Véase EYZAGUIRRE, J., Hispanoamérica del Dolor, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947 y LIRA, O., Hispanidad y Mestizaje, Santiago, Editorial Covadonga, 1985.

16. MARTÍNEZ ESTRADA, E., Radiografía de la Pampa, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946.

17. ARGUEDAS, A., Op. Cit. en Las Cien obras...Op. Cit.

18. PAZ, O., Op. Cit.

19. Difiero en esto de Manuel Barrera quien ha argumentado que con el tipo de Estado surgido del autoritarismo y del neoliberalismo "ha desaparecido el clientelismo". Pienso que sus argumentos sólo consiguen mostrar una probable disminución del clientelismo en ciertas áreas de la vida nacional, pero en modo alguno su desaparición. Véase M. Barrera, "Las reformas económicas neoliberales y la representación de los sectores populares en Chile", Estudios Sociales, N^o 88, 2 trimestre, 1996.

20. Véase sobre esto GERMANI, G., Política y Sociedad en una Época de Transición, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1965, p. 112.

21. Renato Cristi ha argumentado convincentemente que el pensamiento conservador en Chile nunca se opuso al liberalismo como tal, sino más bien al "elemento democrático que se adueña de su capital de ideas a partir del siglo XIX." Véase "Estado nacional y pensamiento conservador en la obra madura de Mario Góngora" en CRISTI, R. y RUIZ, C., El pensamiento conservador en Chile, Santiago, Editorial Universitaria, 1992, p. 157. 22. Como lo ha sostenido J.L. DE IMAZ, "por tres siglos existió una relación muy clara entre el autoritarismo político y el rol legitimador de la Inquisición." Véase Sobre la Identidad Iberoamericana, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1984, p. 121.

23. En el caso del Perú, por ejemplo, FLORES GALINDO ha observado: "En el Perú nadie se definiría como racista. Sin embargo, las categorías raciales no sólo tiñen sino que a veces condicionan nuestra percepción social. Están presentes en la conformación de grupos profesionales, en los mensajes que transmiten los medios de comunicación o en los llamados a los concursos de belleza... el racismo existe no obstante que los términos raciales, suprimidos en los procedimientos de identificación pública, no tienen circulación oficial. Pero un fenómeno por encubierto y hasta negado, no deja de ser menos real." Véase Buscando un Inca, Lima, Editorial Horizonte, 1994, p. 215. Igualmente, en el caso de México, Raúl BÉJAR dice que "es un lugar común decir que en el país no existe discriminación racial..."; pero es posible afirmar que "el prejuicio ha crecido en la historia cultural de México..." y que esto afecta "especialmente al indio o casi indio.. a los negros... y los chinos...". Véase BÉJAR, R., El Mexicano, aspectos culturales y psicosociales, UNAM, México, 1988, pp. 213-214.

24. Véase sobre esto COUSIÑO, C., y VALENZUELA, E., Politización y Monetización en América Latina, Santiago, Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994.

Fuente: Revista Polis [en línea] <http://polis.revues.org/4122>